

FÉLIX J. PALMA

# EL MAPA DEL CAOS



TRILOGÍA VICTORIANA 3

booket

**Félix J. Palma**

El mapa del caos

*Trilogía victoriana 3*



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Félix J. Palma, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en esta presentación: junio de 2024

Depósito legal: B. 9.843-2024

ISBN: 978-84-233-6541-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

## I

Al agente especial Cornelius Clayton le hubiese gustado que la cena organizada por Valerie de Bompard para celebrar la feliz resolución de su primer caso se saldara con la súbita indigestión de todos los invitados, a excepción de él mismo, para quedarse a solas con la bella condesa lo antes posible. ¿Por qué no podría suceder algo semejante?, se preguntó llevándose mecánicamente el tenedor a la boca. Después de todo, ese tipo de desafortunados incidentes entraban dentro de lo posible, y más teniendo en cuenta que la cocinera del castillo contaba con experiencia en ese campo, pues tres meses antes había intoxicado a todos los criados con un alimento en mal estado. Sin embargo, ya iban por el segundo plato y ninguno de los invitados daba muestras de encontrarse mal, así que Clayton se resignó a apurar la maldita cena hasta el final. Tal vez le resultara más llevadera, se dijo, si se olvidaba momentáneamente de la condesa y se limitaba a disfrutar de los elogios que los comensales le estaban dedicando entre bocado y bocado. ¿Acaso no los merecía? Por supuesto que sí: había llegado allí en calidad de aprendiz del legendario Angus Sinclair, capitán de la misteriosa División Especial de Scotland Yard, pero había sido su ingenioso plan, y no el tan ca-

careado prestigio de su jefe, lo que finalmente había librado al pueblo de Blackmoor de la terrible maldición en que estaba sumido desde hacía meses.

Los habían enviado allí tras la aparición de los primeros cadáveres humanos, tan brutalmente destrozados que incluso los periódicos de Londres se habían hecho eco de la noticia. Los horribles asesinatos habían empezado a sucederse, a razón de uno cada luna llena, algunos días después de que la cocinera atentara contra el servicio del castillo. Hasta entonces, la sanguinaria bestia se había limitado a destripar un puñado de vacas y ovejas, amén de alguna despistada alimaña del bosque. Pero la saña que exhibía la criatura, nunca vista en ningún depredador conocido, había provocado que durante meses los habitantes de Blackmoor viviesen temiendo el terrible día en que se decidiera a probar la carne humana. Tal vez por eso a Valerie de Bompard le había costado tanto improvisar un nuevo servicio mientras el anterior se recuperaba. La mayoría de los jóvenes del pueblo habían rechazado el trabajo, no solo porque la condesa no pagara con la puntualidad que uno esperaría de tan acaudalada dama, sino porque les aterraba trabajar en el castillo que se erigía en mitad del bosque.

Clayton lo comprendía perfectamente, pues la residencia de la mujer era una mole tenebrosa que parecía haber sido construida allí con piedras acarreadas desde alguna oscura pesadilla. Aunque su interior resultaba todavía más aterrador. El comedor donde transcurría aquella cena, por ejemplo, era una siniestra estancia de techos altos tan inmensa que la chimenea, sobre la que colgaba un retrato de la condesa, apenas lograba calentarla. En aquel simulacro de cripta, forrada de tapices y blasones descoloridos, había sido dispuesta una larguísima mesa de roble que, aparte de hacerles sentir a todos un tanto desamparados, los obligaba a proyectar la voz como si fuesen

tenores en un escenario. Clayton estudió a los cuatro hombres con los que su capitán y él compartían la cena, cuyas insignificantes biografías cabrían en el reverso de un naipe: el orondo alguacil Dombey, el enjuto padre Harris, el relamido doctor Russell y el fornido carnicero del pueblo, un tal Price, que había liderado las batidas de perros por los bosques de Blackmoor. Cuando los agentes llegaron de Londres para ocuparse del caso, ninguno de ellos les había recibido de buena gana; pero ahora, tres semanas después, los cuatro parecían decididos a hacérselo olvidar, tendiéndole aquella emboscada de halagos. Lanzó una mirada rápida hacia el extremo de la inacabable mesa, donde se encontraba la única persona cuya admiración realmente le interesaba, la condesa de Bompard. La mujer lo estudiaba con una mirada divertida. ¿Le estaba pareciendo demasiado presuntuoso al aceptar las alabanzas con tanta condescendencia? ¿Acaso debía mostrarse indiferente a su hazaña? Quién podría saberlo. Bajo la mirada de la condesa siempre se sentía terriblemente vulnerable, como un soldado al que un ataque por sorpresa obliga a salir de su tienda con la armadura incompleta.

Miró de soslayo a su jefe, que se encontraba sentado junto a él, por si algo en su actitud pudiera servirle de guía, pero el capitán Sinclair devoraba su asado aparentemente ajeno a la conversación. Tan solo de vez en cuando mecía la cabeza en un ademán distraído, que le derramaba varios mechones de cabello sobre la siniestra lente que le cubría el ojo derecho, emitiendo un ligero resplandor rojizo. Al parecer, el veterano capitán había decidido mantenerse en un segundo plano, abandonándole a su suerte. Clayton lo maldijo por el invulnerable silencio que guardaba en aquel momento, cuando durante la investigación no había hecho más que perorar todo el rato, sacando a relucir su sabiduría y experiencia a la menor oportunidad, y cambiando sus embarulladas hipótesis cada vez que un

nuevo detalle del caso avivaba su inspiración. Aunque lo peor había sido cuando se permitió el lujo de ofrecerle consejos de índole romántica, dando lugar a una escena paternal que le había resultado de lo más embarazosa, sobre todo porque el capitán, fiel a su costumbre de no llamar a las cosas por su nombre, había recurrido a tal cantidad de metáforas y eufemismos que los dos habían terminado la conversación sin saber muy bien de qué demonios habían hablado.

—En resumen: pese a su juventud —dijo el alguacil a modo de recapitulación—, posee usted una inteligencia fuera de lo común, agente Clayton. Creo que ninguno de los que estamos en esta mesa podemos dudar de eso. Aunque he de reconocer que, al principio, sus procedimientos me resultaron, eh..., algo impulsivos —declaró, sonriendo a Clayton con exagerada cortesía.

El agente tardó menos de un segundo en devolverle la sonrisa. Sabía que el alguacil no podría resistirse a la tentación de rematar su perorata con una crítica, dejando claro a los presentes que si bien aquellos dos señoritos de ciudad habían resuelto el caso, lo habían hecho únicamente porque habían recurrido a métodos poco ortodoxos, algo que él jamás se habría rebajado a hacer. De no ser así, los agentes aún estarían intentando atrapar al culpable de los tres horrendos asesinatos.

—Comprendo que mis acciones pudieran parecerle impulsivas, alguacil —respondió Clayton con indulgencia—. En realidad, esa era precisamente la impresión que quería darle a nuestro enemigo. Sin embargo, cada una de mis acciones era el resultado de una profunda reflexión y del más riguroso método deductivo. Todo ello aprendido de mi maestro, el capitán Sinclair, a quien debo cualquier mérito —concluyó con fingida humildad, dedicándole una leve inclinación de cabeza a su superior, que asintió distraído.

—¡Y así lo comprendí yo desde el primer momento! —se apresuró a apuntar el doctor Russell—. No en vano, un médico debe usar a diario la ciencia de la deducción en el ejercicio de sus deberes. Al contrario que el alguacil, yo no me dejé engañar por su juventud y aparente inexperiencia, agente Clayton. Sé reconocer una mente científica cuando la veo.

El alguacil soltó una risotada que hizo vibrar su monumental tripa.

—¡Pero a quién pretende engañar, Russell! —le reprochó, apuntándole con el tenedor—. Su método científico consistió en sospechar sistemáticamente de todos los habitantes del pueblo, incluida la anciana señora Sproles, que tiene cerca de cien años y va en silla de ruedas.

El doctor iba a responderle, pero el carnicero se le adelantó:

—Pues ya que ha empezado a enumerar los errores de los demás, alguacil, también podría recordar los suyos y disculparse por acusar a otros tan a la ligera.

—Le aseguro que no lo hubiera hecho si su mascota fuera un gato en vez de ese enorme perro que...

Antes de que el alguacil pudiera terminar su réplica, la voz de la condesa se impuso desde el extremo de la mesa. Todos miraron en su dirección maravillados, pues la tintineante voz de Valerie de Bompard había atravesado las suyas con la delicadeza de una paloma entre una bandada de cuervos.

—Caballeros, creo que todos nos sentimos agotados por los últimos acontecimientos, lo cual es lógico. —Su pronunciación tenía un ligero acento francés que dotaba a sus palabras de una deliciosa frivolidad—. Aun así, el agente Clayton es mi homenajeado, y temo que podamos aturdirle con nuestras rencillas pueblerinas. Como ve, agente —se dirigió a Clayton con un entusiasmo casi infantil—, hablo de *nosotros*, pues a pesar de ser una extran-



jera que llegó a su país hace poco tiempo, ya me siento inglesa. No en vano las buenas gentes de Blackmoor me han acogido casi como si me hubieran visto nacer. —Aunque su tono resultó amable, sus mordaces palabras se posaron sobre los presentes como una llovizna fría e incómoda—. Por eso quiero agradecerle una vez más, y en nombre de todos, lo que ha hecho por nosotros, por nuestro querido Blackmoor. —Se levantó y tomó la copa entre sus finos dedos, con tanta delicadeza que casi pareció que le ordenaba levitar con su mente. Al instante, todos la secundaron—. Caballeros, han sido unos meses oscuros y terribles para todos. Durante dos años hemos vivido sumidos en el terror, acosados por una bestia sanguinaria —continuó en tono teatral, como un trovador ante un corro de niños—, pero la pesadilla ha terminado al fin, y la maligna criatura ha sido vencida gracias a la portentosa inteligencia del agente Clayton. Creo que ninguno de los presentes podremos olvidar la noche del 5 de febrero de 1888, en la que el agente nos liberó de nuestra maldición. Y ahora, caballeros... —Su sonrisa brilló tras la copa alzada, traviesa e irreverente—. ¡Brindemos de una maldita vez por Cornelius Clayton, el valiente joven que consiguió cazar al hombre lobo de Blackmoor!

Todos levantaron su copa en el aire, ya que la insalvable distancia de la mesa les impedía entrechocarlas. Clayton agradeció las palabras de la condesa inclinando la cabeza mientras se esforzaba en sonreír con una mezcla de satisfacción y humildad. El alguacil propuso a continuación un nuevo brindis, esta vez en honor a la anfitriona, que obligó a Valerie de Bompard a abatir la mirada con un delicioso mohín; como de costumbre, a Clayton se le estremeció el alma.

Quizá convenga aclarar aquí que el agente no se consideraba un experto en el trato con las damas, más bien todo lo contrario. Sin embargo, sí se sentía lo bastante

orgullosa de su estudio sobre el comportamiento humano como para afirmar con cierta autoridad que Valerie de Bompard era absolutamente diferente a cualquier otro miembro del género femenino; incluso, ya puestos, del conjunto de la humanidad. Cada uno de sus ademanes constituía un oscuro enigma para él. El mohín con el que acababa de corresponder al brindis del alguacil, por ejemplo, más que el decoro que las damas exhibían en sociedad, se le había antojado la traicionera quietud que mostraban las plantas carnívoras antes de cerrarse sobre el desdichado insecto que se posara en ellas.

Mientras volvía a tomar asiento, Clayton recordó la desasosegante sensación que le había asaltado la primera vez que la vio. Se había sentido como si se encontrase ante algo insólito, ante una criatura tan fascinante que resultaba difícil de creer que perteneciera al vulgar universo que le rodeaba. Aquel día la condesa había escogido de su vestuario un traje de seda celeste con guantes a juego, y lo había rematado con una pamelita adornada con un intrincado ramaje de hojas y bayas silvestres en el que la modista, siguiendo la última moda, había escondido un diminuto lirón disecado y varias mariposas de alas anaranjadas, que parecían encarnar los revoltosos pensamientos que debían de bullir en su cabeza. No, aquella primera vez Clayton no había sabido qué pensar de la condesa, y seguía sin saberlo. Solo había acertado a enamorarse ferozmente de ella.

—Y cuéntenos, agente —dijo el párroco, interrumpiendo sus ensoñaciones—. ¿Tuvo claro desde el principio el camino que debía seguir en sus pesquisas? Se lo pregunto porque imagino que, al enfrentar lo sobrenatural, el abanico de posibles teorías se abre prácticamente hasta el infinito.

—El infinito no es un concepto muy práctico para trabajar con él, padre, al menos mientras nuestros salarios

no lo sean también —respondió Clayton, arrancando algunas risas a su alrededor, entre las que creyó oír un tintineo de campanillas—. Por ello, lo primero que debemos hacer al enfrentarnos a un suceso que, como el caso de los horrendos crímenes de Blackmoor, resulta difícil de reconciliar con el orden establecido de la naturaleza, es eliminar las posibilidades racionales. Solo entonces podremos considerar un hecho como sobrenatural, eventualidad a la que, por supuesto, nuestro departamento está abierto.

—¡Eso es lo que deberíamos haber hecho nosotros! —se lamentó el médico—. Pensar con algo de lógica. Pero como todos los pueblos pequeños, Blackmoor está lleno de hombres supersticiosos, y ya se sabe que...

—¡Oh, no hable como si usted fuera distinto, Russell! —le reprochó de nuevo el aguacil—. Me consta que era de los que más miedo tenía. Su sirvienta le comentó a la mía que había empezado a fundir las cucharillas de plata para fabricar balas porque eso era lo único capaz de matar a un licántropo. ¿Cómo demonios se le ocurrió semejante estupidez?

El médico hizo amago de negarlo, pero tras un segundo de silencio, se echó a reír.

—¡Oh, demonios, maldita chismosa! Sí, lo hice. Fundí las cucharillas del té. Y si me hubiera escuchado una sola vez durante estos últimos meses, alguacil, no me estaría preguntando ahora cómo se me ocurrió algo así. —Se desentendió de Dombey y se dirigió a Clayton en un tono mucho más comedido, como si le hablara a un igual—. Sepa, agente, que un colega mío francés con el que suelo cartearme me contó que durante el pasado siglo una terrible bestia tuvo aterrorizada a la región de Gévaudan. Muchos aseguraban que era un hombre lobo, y solo lograron abatirlo usando munición de plata. Por eso fundí casi toda la cubertería, cosa que mi mujer no se tomó nada bien...

—Pues te ganaste una reprimenda para nada, Russell —rió Price.

—Sí, lo sé —respondió el doctor de malhumor—. Pero ¿quién iba a pensar que el hombre lobo que tenía aterrorizado a nuestro pueblo era Tom Hollister vestido con un ridículo disfraz?

Todos miraron hacia la esquina del comedor que señalaba el doctor. Al instante, un silencio melancólico anegó la estancia. Clayton observó cómo los invitados mecían lentamente sus cabezas, cada cual envuelto en sus recuerdos, mientras observaban la enorme piel de lobo que, desplegada sobre un caballete de madera, brillaba a la luz de las escasas velas repartidas por la sala. Sinclair la había puesto allí a modo de trofeo, para que todos pudieran examinarla al entrar. Y así lo habían hecho, entre el espanto y la admiración, pues el disfraz era una siniestra obra de arte, digna de un experto taxidermista. La piel, que por su tamaño habían creído que pertenecía a un lobo gigantesco, estaba confeccionada con remiendos de muchas pieles. El tal Hollister las había unido con esmero, y luego había curtido el resultado, rellenándolo con estopa y paja en algunas zonas, de manera que se abombaba simulando los músculos de una bestia impresionante. También había estirado la piel de las patas delanteras sobre un andamiaje de varillas de madera articuladas para darles forma, hasta lograr el aspecto de unos brazos vagamente humanos recubiertos de espeso pelaje, a cuyos extremos había cosido unos guantes erizados de cuchillas a modo de garras. Por último, había rematado el conjunto con la cabeza de uno de los lobos, cuyas fauces había deformado deliberadamente en una mueca de sobrecogedora ferocidad. No era extraño que, colocándose aquel disfraz sobre los hombros, atándose a brazos y piernas con los correajes de cuero que le había añadido y usando la testa del animal a guisa de casco, el tal Hollister, un mu-

chachote con suficiente fuerza como para cargar con aquella estructura, pudiera convertirse ante los ojos de cualquiera en un aterrador hombre lobo. Sobre todo si solo se dejaba ver las noches de luna llena, se encorbaba grotescamente y se esforzaba en gruñir como un animal.

Él mismo había participado de aquella ilusión al ver a la criatura erguida ante sí, enorme y aterradora; y mientras corría tras ella junto a los demás, atravesando las sombrías entrañas del bosque, con la sangre batiéndole en las sienes y el corazón amenazando con perforarle el pecho, lo había hecho convencido de que lo que perseguían era un auténtico licántropo, y eso había difuminado con terrible facilidad sus otras sospechas. Sí, perseguían a un hombre lobo porque, pese a las ambiguas respuestas que Sinclair le había dado al ingresar en su División Especial, las criaturas fantásticas existían. Pero el monstruo había resultado ser un fraude, y Clayton no podía evitar que eso empañara un poco su victoria. En aquel momento ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto ingresando en la División Especial. Quizá se había apresurado aceptando la oferta de Sinclair, entusiasmado ante la idea de que un mundo vetado al resto de los mortales se abriría ante él. Sin embargo, su primer caso «especial» había consistido en dar caza a un palurdo cubierto de pieles remendadas. Aparte de enamorarse de una mujer que vivía en un siniestro castillo.

—¿Cómo es posible que incluso ahora siga dándome miedo? —confesó súbitamente el doctor, rompiendo el silencio.

Se levantó y, envalentonado sin duda por las copas que llevaba encima, se acercó al disfraz con andares de pingüino.

—¡Espera, Russell, lleva contigo una cucharilla de plata, por si acaso! —le gritó Price blandiendo la suya.

El médico desestimó el consejo del carnicero con un manotazo ebrio que le hizo tambalearse sobre la piel.

—¡Cuidado! —exclamó Sinclair, levantándose de un salto, como una niñera atenta a los juegos de los niños en el parque, mientras su ojo mecánico emitía un zumbido de alarma.

El capitán pensaba llevar aquel disfraz a Londres para guardarlo en la Cámara de las Maravillas, el almacén que se hallaba en los sótanos del Museo de Historia Natural, donde su departamento atesoraba las pruebas de los casos que, por desafiar la razón del hombre, iban a parar a sus manos. Su intención era que aquella piel tan valiosa para la memoria de su división llegara sana y salva a la metrópoli. Cuando observó que el médico recuperaba el equilibrio sin mayores consecuencias que las risas de los presentes, relajó su semblante y sonrió con indulgencia, aunque, ya que estaba de pie, optó por acercarse también al disfraz. El alguacil Dombey le imitó al instante, seguido por Price y Harris. El doctor Russell se entregó entonces a una disertación científica sobre los métodos utilizados en la fabricación de aquella filigrana. Al grupo, incluido Sinclair, no le quedó más remedio que cabecear aplicadamente mientras el matasanos volvía a alardear de su erudición.

Y mientras aquella conferencia improvisada tenía lugar alrededor del disfraz, en la olvidada mesa, Clayton se atrevió al fin a buscar los ojos de la condesa, de quien lo separaba casi una milla de noble madera de roble. Desde el primer día y durante las semanas que había durado la investigación, allá donde ambos se encontraran, ya fuera en un salón lleno de gente o en unos jardines laberínticos, los ojos de Clayton siempre acababan coincidiendo con los de ella, con aquellos ojos que parecían esperarle desde siempre y cuyo enigma había empezado a atormentar sus noches, pues el agente, que se jactaba de poder leer los pensamientos de los hombres en el nudo de sus corbatas,

era incapaz de descifrar su mirada. Tanto podía ser de dulce adoración, como esconder el más cruel de los desprecios, o incluso algún tormento íntimo que él jamás podría imaginar. O todo a la vez. Y aquellos eran los ojos donde se estaba ahogando también ahora, mientras la admiraba y ella se dejaba admirar, sin perder la sonrisa, envolviéndole en el oscuro hechizo de su belleza, que convertía las voces de los invitados en un murmullo incomprensible, el comedor en un decorado nebuloso, el universo todo en un lugar remoto, quizá imaginario.

Clayton jamás había visto a Valerie tan esplendorosamente hermosa como aquella noche, ni tan dolorosamente frágil. Se había vestido de negro y plata: su cuello, de una blancura deslumbrante, surgía de un corpiño de terciopelo que enaltecía sus altivos senos y hacía juego con sus largos guantes de tafíete negro, y la falda plateada, que se derramaba en espumosos pliegues a sus costados, mostraba una constelación de diminutos brillantes. Al verla allí sentada, iluminada por el tembloroso resplandor de las velas, Clayton no pudo evitar pensar que, pese a su edad indeterminada, parecía más que nunca una niña, una reina infantil y caprichosa, cruel tan solo por derecho de sangre y trono. Reparó entonces en que estaba agarrando su copa con una fuerza desmesurada y, temiendo romperla, o llevar a cabo alguna estupidez mayor, como saltar sobre la mesa y correr hacia la mujer sin un fin concreto, arrastrado únicamente por la riada de su confuso deseo, apartó su mirada de ella, devolviendo al mundo su movimiento, su sonido y su terca consistencia.

—El caso es que, cuanto más lo examino, más admirable me resulta —oyó decir al doctor—. Es un trabajo exquisito, caballeros. Miren esto. La piel está perfectamente tratada, y posee una flexibilidad inaudita. —Se inclinó y olisqueó una de las patas—. Yo diría que ha sido preservada usando arsénico blanco y cal, como se hacía antiguamente.

El carnicero, a quien las explicaciones del médico habían empezado a parecerle una canción de cuna, sacudió la cabeza y lanzó un bufido.

—Todo eso está muy bien, doctor, pero yo no hago más que preguntarme cómo alguien como Hollister pudo confeccionar un disfraz así, y sobre todo por qué mató a esas tres personas. Por desgracia, a causa de su trágico final, ya nunca podrá responder a esas preguntas —dijo, al tiempo que se volvía hacia Clayton—. Pero usted prometió hacerlo, agente, y creo que todos estamos ansiosos por oírle.

—Y para mí será un placer responderlas, caballeros. —Clayton sonrió, consciente de que al fin había llegado el momento que llevaba aguardando toda la cena.

Se levantó lentamente de la mesa evitando mirar a la condesa, y contempló a su audiencia, que parecía posar junto al disfraz para una foto de familia, recreándose en su expectación.

—Bien, supongo que querrán que empiece por la primera pregunta: ¿cómo alguien de tan escasa cultura como Hollister pudo confeccionar esa maravilla de la taxidermia? La respuesta a esta pregunta, caballeros, es muy sencilla: estudiando. Como saben, tras descubrir que era el verdadero hombre lobo de Blackmoor, el capitán Sinclair y yo registramos la cabaña de Hollister, y allí encontramos manuales de taxidermia, bestiarios con ilustraciones de licántropos y toda clase de sustancias y herramientas necesarias para disecar animales. No obstante, eso planteaba otra pregunta: ¿por qué se tomaría alguien tantas molestias para perpetrar un asesinato, existiendo maneras mucho más sencillas de hacerlo? —Se llevó las manos a la espalda y frunció los labios con expresión compungida, como si no hubiese encontrado la respuesta, mientras Sinclair sonreía para sí ante la debilidad de su pupilo por los golpes de efecto—. Dediquemos un momento a repasar lo que sabe-



mos de su carácter. Hasta que se despeñó por el barranco, todos ustedes consideraban a Hollister un muchacho inofensivo y zafio, aunque lo suficientemente inteligente como para mirar con rencor las malas cartas que la vida le había repartido, algo de lo que solía quejarse siempre que bebía: había tenido que abandonar la escuela porque sus padres murieron siendo él muy joven, dejándole tan solo un montón de deudas y una finca de campos pedregosos que tuvo que afanarse en cultivar. También era un joven de gran atractivo, pero desgraciadamente ninguna de las muchachas que cortejó, todas de alta cuna, se interesó por él. Al parecer apuntaba demasiado alto para ser un pobre diablo sin suerte. Bien, ahora centrémonos en sus víctimas: ¿qué tenían en común Anderson, Perry y Dalton? —Observó a su audiencia con una sonrisa—. Sus parcelas lindaban con las tierras de Hollister y, al contrario que las suyas, eran fértiles. Obviamente, mis pesquisas fueron en esa dirección. Así fue como descubrí que Hollister, movido por su afán de prosperar, había intentado comprar aquellas tierras, aunque sus vecinos jamás se avinieron a tratar con él. Incluso un par de ellos que atesoraban deudas del viejo Hollister lo amenazaron con expropiarle su propia casa si no las pagaba. Debió de ser entonces cuando el muchacho, harto de todo, ideó su plan. Un plan brillante, a mi juicio: mataría a sus estúpidos vecinos, y lo haría de un modo que no solo alejaría de él cualquier sospecha, sino que además obligaría a las familias de los difuntos a vender sus tierras a toda prisa y a un precio muy bajo. ¿Por qué? Porque estarían malditas. Porque un terrible monstruo había empezado a merodear por ellas, cobrándose una vida cada luna llena. Pero es obvio que transformarse en licántropo excedía sus posibilidades, así que recurrió a un disfraz que, para no levantar sospechas, tuvo que fabricarse él mismo. Y así fue, damas y caballeros, como el pobre y honrado Tom Hollister se convirtió en el hombre lobo de Blackmoor.

Sobrevino entonces un silencio cargado de admiración. Incluso Sinclair, que conocía de sobra aquella disertación, parecía encantado con la interpretación del agente. Contento con el resultado, Clayton enfrentó la mirada de la condesa y le pareció atisbar en sus ojos un fulgor inédito.

—Brillante, agente Clayton. —La condesa sonrió—. Una disertación tan inteligente como entretenida. No tengo la menor duda de que le aguarda un gran futuro en Scotland Yard.

Clayton le agradeció el cumplido con una pequeña reverencia. Prefirió no añadir nada que pudiera romper el hechizo de unánime admiración que había conjurado a su alrededor mientras se preguntaba si finalmente habría logrado deslumbrar a la condesa. Jamás había estado frente a una mujer como ella, e ignoraba las reglas más básicas del galanteo cortés; después de todo, él no era más que un simple policía, quizá demasiado poco para ella, quizá demasiado joven, quizá demasiado inculto; con toda seguridad, demasiado enamorado. Tampoco sabía si a una mujer como Valerie de Bompard se la podía seducir con la inteligencia, ni qué querría ella de alguien como él. ¿Una noche de pasión, un descanso en su soledad, quizá un simple capricho de dama extravagante? Esperaba que fuera mucho más que todo eso. Pero de nada servía hacer cábalas. Muy pronto, las promesas con que Valerie de Bompard había polinizado el aire en torno a él se harían realidad o se desvanecerían para siempre, pues el caso estaba resuelto. Habían atrapado al hombre lobo y por la mañana su carruaje partiría hacia Londres..., aunque quizá solo uno de los agentes viajara en él. Todo dependería de lo que ocurriera cuando aquella cena acabara.

Y aunque a Clayton no le habría importado permanecer atrapado en aquel instante toda la eternidad, con su mirada entrelazada a la de la condesa y vislumbrando en

su sonrisa la promesa de una felicidad que nunca creyó que existiera, aquel fue el momento escogido por las sirvientas, que quizá habían estado esperando tras la puerta a que él acabara su perorata, para irrumpir en el comedor portando bandejas rebosantes de pastelitos, frutas, queso y botellas de licor. El agente las observó disponer todo aquel arsenal en la mesa, intentando disimular su fastidio. Los invitados se encaminaron entonces hacia sus respectivos asientos, más deslumbrados por aquel muestrario de exuberantes postres que por las brillantes deducciones que apenas unos segundos antes habían aplaudido con tanta emoción, y Clayton, comprendiendo que había sido vencido por una montaña de pasteles, se dirigió a su silla sonriendo con ironía. Al pasar junto al retrato de la condesa, no pudo evitar dedicarle una mirada de exasperación. Pero apenas había apoyado sus manos en el respaldo de la silla cuando algo en su interior le obligó a volverse de nuevo hacia él. En un par de zancadas se cuadró frente al lienzo, sin importarle que su repentino interés pudiera intrigar a la condesa o a los demás invitados. De repente, el mundo había desaparecido bajo una mortaja de niebla. Solo existían él y aquel cuadro, que le había propinado un latigazo de inquietud cuya causa no acertaba a comprender.

Mientras el tumulto de platos y vasos continuaba a su espalda, se afanó en examinar cada centímetro del lienzo, donde Valerie de Bompard aparecía en toda su esplendorosa belleza, de pie junto a una gran mesa cubierta de libros y legajos amontonados en un orden perfecto. Al llegar al castillo, durante el recorrido por las múltiples dependencias, Sinclair había dedicado al retrato una retahíla de enrevesados elogios, y la condesa los había informado de que lo había pintado el desaparecido conde de Bompard, un hombre versado, al parecer, en innumerables disciplinas, entre las que se incluía la pintura; de he-

cho, había pintado el retrato de la condesa en su propio gabinete. En el fondo del lienzo, muy difuminada por la mano del artista, Clayton apreció una enorme librería, cuyos estantes superiores se desvanecían entre las sombras que emborronaban el techo. En sus baldas, gruesos manuales y libros de lujosos lomos convivían con toda suerte de aparatos, tan extraños y singulares que Clayton apenas reconocía algunos. Identificó un telescopio dorado, una colección de redomas, botellas y embudos ordenados por formas y tamaños, una calavera humana, una gran esfera armilar y... Tardó unos segundos en asimilar lo que había junto a la calavera que descansaba en la tercera balda. Cuando lo hizo, un gélido desasosiego se extendió por todo su cuerpo como el veneno de una serpiente, mientras en su cerebro empezaba a oírse cada vez más fuerte el chisporroteo de la comprensión.

En ese instante, las criadas abandonaron al fin el comedor y Clayton se dirigió a su silla, sintiendo cómo el súbito descubrimiento originaba en el fondo de su mente un remolino de pensamientos. Temiendo que sus temblorosas rodillas no pudieran sostenerlo, logró alcanzar su asiento. Momentos antes había unido todas las piezas del caso formando un dibujo coherente, pero ahora lo que había descubierto en el cuadro las había desordenado de un manotazo y, sin que él pudiera hacer otra cosa que asistir al prodigio, las estaba haciendo encajar de un modo diferente. Le bastó con ver cómo lo habían hecho las primeras piezas para adivinar el dibujo que resultaría de aquella nueva combinación. Se reclinó en la silla y luchó por serenarse, sintiendo cada ensamblaje como una dolorosa punzada en el estómago. Cuando las piezas al fin terminaron de encajar, tuvo que reconocer que la nueva disposición tenía más sentido que la anterior. Y entre la estupefacción y el espanto, comprendió que aquello lo cambiaba todo. Estuvo a punto de dejar que la increduli-

dad que lo inundaba se derramara a través de sus labios en una risa histérica, pero logró contenerse. Le propinó un largo trago a la copa que tenía delante. El licor pareció calmarle un poco. Respiró hondo un par de veces. No podía derrumbarse, se dijo. Debía tranquilizarse, asimilar cuanto antes lo que acababa de descubrir, y actuar en consecuencia.

Por fortuna, el resto de los invitados seguían enfrascados en una conversación intrascendente sobre lo deliciosa que había sido la cena, lo cual le permitió despertar lentamente del letargo en que lo había sumido la revelación. Se enjugó con disimulo el sudor que le enjovaba la frente e incluso logró recomponer la sonrisa mientras fingía seguir la charla y procuraba no cruzar la mirada con nadie, y menos aún con la condesa. Cuando Valerie le había mostrado el retrato que había pintado el conde de Bompard, él solo había tenido ojos para ella. La condesa lo eclipsaba todo, en el lienzo y en el mundo real. Pero ahora había visto los detalles. Los detalles... Y los detalles eran lo que decidía el resultado de una investigación.

—Imaginen todo el tiempo que Hollister tuvo que emplear en confeccionar ese disfraz —estaba diciendo Price—, en cazar los lobos necesarios y en coser las pieles en la soledad de su casa... ¡Y todo eso sin que nadie sospechara nada! Resulta escalofriante, ¿no creen? Yo conocía bastante al muchacho. A veces me ayudaba en la carnicería, y solíamos hablar a menudo. Aun así, jamás habría imaginado que... —dejó la frase sin terminar, encogiéndose de hombros.

Todos asintieron, comulgando con el desconcierto del carnicero. Todos menos Clayton, quien, esforzándose por vencer su miedo, había clavado los ojos en la condesa, atento a su reacción. La mujer, que al igual que el resto de los presentes mecía la cabeza con gesto pesadoso, cruzó la mirada con la del agente y, como de costumbre, no dudó

en sostenérsela mientras sus labios dibujaban una sonrisa levemente pícara. Clayton sabía que lo primero que debía hacer era decidir cómo gestionar la información que había descubierto, que debía intentar trazar algún plan antes de que acabara la cena, pero al enfrentar la sonrisa de la condesa no pudo evitar que la rabia lo inundara. «No tengo la menor duda de que le aguarda un gran futuro en Scotland Yard», le había dicho ella, y las mismas palabras que antes le habían alegrado se clavaron como cristales en su alma. Sintió que le hervía la sangre.

—Las personas nunca son lo que parecen —dijo sin apartar la mirada de Valerie—. Todos tenemos secretos y, sin embargo, nunca dejamos de sorprendernos cuando descubrimos que los otros también los tienen. ¿No está de acuerdo conmigo, condesa?

Valerie continuó sonriendo, pero a Clayton le pareció percibir un ligerísimo rastro de desconcierto en sus ojos. Todavía no era miedo, aún no. Pero lo sería.

—Por supuesto, agente, todos tenemos una parte secreta que jamás compartimos con los demás —respondió, erizando el cristal de su copa con una caricia tan delicada como fugaz—. Pero si me permite la apreciación, hay una gran diferencia entre las mentiras casi obligadas que todos utilizamos para preservar nuestra intimidad y el hecho de poseer una doble personalidad asesina.

Clayton asintió, como el resto de los invitados, pero se aseguró de que a la condesa no se le pasara por alto el brillo irónico con el que había barnizado su mirada.

—De todos modos, hay algo diabólico en la forma en que Hollister se entregó al estudio de la taxidermia —divagó el párroco con las mejillas coloradas por el licor—. Toda esa sabiduría tenebrosa oculta en su casa... Los tarros llenos de sustancias extrañas y venenosas, los libros de alquimia, los tratados de la Edad Media... Me recuerda las viejas historias de brujos y sus pactos con el diablo.

A pesar de que los terribles asesinatos tengan una explicación humana, yo todavía veo el sello del maligno impreso en los actos del joven Hollister.

—Me temo, padre Harris —intervino con voz alta y clara el capitán Sinclair—, que la mano del maligno en este asunto es algo demasiado fantástico incluso para nuestra jurisdicción.

Aquello arrancó algunas tímidas risitas, que Clayton ignoró. Reclinado en su silla, seguía con su mirada entrelazada a la de la condesa. La mujer lo contemplaba con una mueca divertida, pero era indudable que la actitud del agente había despertado su curiosidad. Apenas se habían extinguido las risas cuando la condesa se volvió hacia Sinclair.

—Opino igual que usted, capitán. El maligno... Me niego a creer que lo que aleja a los hombres de su bondad natural y de la palabra de Dios tenga la forma de ese macho cabrío que preside los aquelarres de las brujas. En realidad, siempre me he resistido a pensar que todo sea exactamente como cuentan las leyendas. Por eso encuentro tan sugerente su trabajo: debe de ser fascinante investigar a los monstruos y descubrir qué hay tras ellos, la auténtica verdad de los mitos, su legítima esencia fantástica. Cuéntenos, capitán, háblenos de su trabajo.

—Eh..., me temo que no puedo, condesa —se disculpó Sinclair, algo azorado—. Nuestro trabajo exige confidencialidad y...

—¡Oh, no sea tan reservado, capitán! ¡No está en ninguna asamblea de sabios druidas, sino en Blackmoor! Así que haga una excepción, por favor —le rogó la condesa con un mohín seductor—. Estoy segura de que a todos nos gustaría saber cómo funciona su singular división. Dígame, ¿suelen utilizar métodos novedosos y revolucionarios, o, por el contrario, se protegen con crucifijos y agua bendita cuando salen a cazar vampiros armados con

estacas de fresno? Dicen que esas criaturas pueden transformarse en murciélagos e incluso en niebla.

—Y que no pueden pisar terreno sagrado —apuntó el párroco.

—Y que tienen ciertas marcas de nacimiento, como el hueso sacro pronunciado —aportó el doctor.

—Y que nacen encapuchados, con parte de la cabeza envuelta en la placenta materna, como un turbante —añadió el alguacil, provocando las risas de todos.

Cuando las carcajadas se desvanecieron, la condesa volvió a insistir, contemplando al capitán con una mirada de niña caprichosa.

—¿Es cierto todo eso, capitán? A mí personalmente me cuesta creer que se espanten con un simple diente de ajo o que tengan un aguijón en la punta de la lengua. —La lengua de la condesa despuntó insinuante entre sus labios.

—Bueno... —Sinclair carraspeó, intentando disimular su agitación—, me temo que la mayoría de esas creencias no son más que supercherías, condesa.

Todos le contemplaron expectantes, a la espera de que se extendiera más sobre aquel interesante asunto. Sinclair lanzó un bufido de resignación y se enderezó en la silla, y Clayton comprendió que iba a endilgarles a aquellas pobres gentes el mismo discurso que le había soltado a él cuando ingresó en el departamento, así que se arrellanó en su asiento, agradecido de que su capitán fuera a alargar aún más aquella interminable cena. De repente, no quería que acabara: lo que le esperaba tras ella ya no le resultaba tan agradable. Ojalá el capitán continuara hablando hasta la mañana o hasta la semana siguiente, todo el mes incluso, así dispondría de tiempo suficiente para aclarar sus pensamientos y decidir cómo actuar. De momento, lo único que tenía claro era que no iba a compartir su descubrimiento con Sinclair. Quería interrogar a la condesa a solas, para que la mujer pudiera responder a las



preguntas que le bullían en la cabeza, aunque la mayoría de ellas no estaban relacionadas con el caso.

—Como saben, caballeros, nuestro departamento se encarga de estudiar lo sobrenatural, todo aquello que escapa a la comprensión del hombre —oyó explicar a Sinclair mientras se acariciaba con los dedos la insignia de dragón que lucía en la solapa de su terno—. Desgraciadamente, como también ha sucedido en esta ocasión, la mayoría de los casos que investigamos acaban resultando ser meros fraudes. Eso es algo que el agente Clayton está empezando a aprender, ¿verdad, hijo? —Clayton se vio obligado a confirmar sus palabras con un cabeceo—. Pero incluso los casos que no podemos explicar más que recurriendo al terreno de lo fantástico nos demuestran que lo sobrenatural rara vez coincide con el folklore popular. Los licántropos podrían servirnos de ejemplo, sin ir más lejos. Ya se hablaba de ellos en la mitología griega, aunque fue durante la Edad Media cuando las historias sobre hombres lobo proliferaron. En nuestros archivos poseemos el recorte de una gaceta alemana fechado en... —Frunció el ceño, tratando de recordar la fecha.

—En 1589 —apuntó Clayton con desgana.

—Exacto, sí, en 1589. Y habla de niños descuartizados por un supuesto hombre lobo en el pueblo de Bedburg. Es el más antiguo que tenemos, pero no es el único. Historias como esas hay muchas. Cientos, miles de casos que no han hecho más que enriquecer la leyenda del hombre lobo. Pero las leyendas no son más que hechos reales pasados por el tamiz de la imaginación popular, propensa a un romanticismo teatral y nauseabundo que desvirtúa la realidad hasta volverla casi irreconocible. Gracias a esas leyendas y a folletines como *Wagner el Hombre Lobo* o *Hugues el lobo*, la mayoría de la gente ve al licántropo como un ser desdichado que cada luna llena se convierte en lobo contra su voluntad y, dominado por una terrible

sed de sangre, se ve abocado a matar despiadadamente. También se dice, entre otras muchas tonterías, que el poder para convertirse en licántropo se obtiene bebiendo el agua de lluvia recogida en la huella de un lobo, usando un cinturón fabricado con su piel o mediante la mordedura de otro licántropo. Bien, como la falsedad de los dos primeros métodos pueden comprobarla por ustedes mismos, permítanme que les demuestre la imposibilidad del último con una sencilla operación matemática: si los licántropos, al igual que los vampiros, convirtieran en hombre lobo a todo aquel que muerden, en apenas unos años la población mundial dejaría de ser humana. Hagan ustedes mismos las cuentas: bastaría con que mordieran a una víctima al mes, y esa víctima infectara a otra, y así sucesivamente, para que eso ocurriera. Y yo todavía soy humano, y puedo asegurarles que el agente Clayton también. —Clayton asintió aplicadamente para constatar su humanidad—. Así que al menos hay dos humanos en este comedor, lo cual invalida esa parte de la leyenda. Usando la lógica también podemos desmontar el resto de los simpáticos rasgos que el folklore ha otorgado a esas criaturas. El influjo de la luna, por ejemplo, un rasgo importado de las leyendas del sur de Francia. Estoy seguro de que todos coincidirán conmigo en que correr por un bosque una noche de luna llena es mucho más fácil que hacerlo durante una noche cerrada, por lo que es probable que el primer asesino al que se le etiquetó como licántropo lo hiciera así por simple comodidad. De cualquier forma, el influjo de la luna es conocido desde los tiempos antiguos y es innegable su efecto sobre las mareas, el clima, la agricultura, nuestros estados de ánimo y, eh...

—Ciertos malestares del bello sexo —le sugirió Clayton.

—Sí, ciertos malestares del bello sexo... Así pues, en el caso de que el hombre lobo existiera, el protagonismo de

nuestro satélite sobre sus acciones sería con toda seguridad el rasgo menos fantástico de su naturaleza. —Hizo una pausa y contempló al doctor con una sonrisita irónica—. En cuanto al uso de las balas de plata como arma infalible contra los licántropos, doctor Russell, me temo que es una conjetura que, por el momento, solo usted y otros pocos conocen. Quizá algún día pase a ser un rasgo más de estas criaturas, reconocido como una verdad incuestionable. Para eso solo bastaría con que nuestros escritores se decidieran a emplearlo en sus ficciones. Aunque, sinceramente, se trata de un dato tan estrambótico que dudo mucho que lo hagan.

—¿Quiere decir, entonces, que no existen los hombres lobo? —preguntó Price, hombre que gustaba de las conclusiones sencillas y definitivas.

—Yo no he dicho eso, señor Price —respondió Sinclair, para aumentar su confusión—. Jamás me atrevería a afirmar que algo no existe simplemente por no haberlo visto. Sea como sea, estoy convencido de que si existiesen no se parecerían demasiado a la aberrante criatura en que los ha convertido la leyenda —concluyó, señalando el disfraz que decoraba una de las esquinas del comedor.

Desde luego que no, pensó Clayton, mirando a la mujer que presidía la mesa.

Aquello puso fin al asunto, y la conversación no tardó en desflecarse en comentarios intrascendentes. La condesa, inspirada por los desaforados elogios que el achispado doctor Russell había dedicado a cada uno de los platos servidos, mandó llamar a la señora Pikerton, la cocinera, para que todos pudieran felicitarla personalmente. La mujer agradeció los halagos con alivio: había temido que los comensales encontraran sosos algunos platos, ya que, unos meses atrás, algún vándalo había asaltado la despensa del castillo y se había llevado varios sacos de sal, que aún no habían sido repuestos. Los invi-

tados tuvieron que asegurarle con vehemencia, casi jurándolo sobre la biblia del padre Harris, que ninguno de ellos había notado tal carencia, lo cual engrandecía aún más su talento para la cocina.

Cuando la señora Pikerton se fue por donde había venido, Clayton meditó para sus adentros. La sal había desaparecido... Aquella última pieza era un regalo con el que no contaba; aun así, la hizo encajar en su lugar correspondiente. Y ya no tuvo ninguna duda de que había resuelto el caso. Hasta ese momento había albergado una pequeña brizna de esperanza de estar equivocado, pero el viento acababa de arrebatársela. Casi le pareció que todos los presentes podían escuchar cómo se le rompía el corazón, igual que una nuez aplastada por una bota.